LILI

Iris Romero Bermejo

Image not found.

Capítulo 1

LILI

CAPÍTULO 1

Lili siempre ha estado conmigo. Todos los recuerdos de mi infancia estarían incompletos sin ella, y a pesar de que no sale en las fotos familiares, sería capaz de mostrar el punto exacto de cada una de las imágenes donde se ha ido colando; sentada en su mecedora favorita, haciendo morritos a mi lado o incluso entre las patas de mi perro. Y justo ahora, mientras intento sacarme una en el espejo con mi vestido nuevo.

—Lili, en serio, que si te pones a mi lado va a salir velada —me quejo, buscándola con la mirada.

Hay una especie de sacudida entre mis peluches y sé que se ha enfadado. Hoy cumplo dieciséis años, y claro, ella también los cumpliría si estuviera viva. Al ser gemelas, supongo que al mirarme puede imaginarse casi a la perfección cómo sería ella.

Me acerco a la pizarra y levanto la tiza.

—Si quieres decirme algo es el momento, porque me tengo que ir a duchar y después saldré a comer con mamá y papá.

Siento su fuerza al arrebatarme la tiza de repente. No es que esté enfadada, es que está furiosa.

"*Tenemos un trato*"

Lo leo varias veces sin entender lo que quiere decir, hasta que, de súbito, mi memoria me remonta a mis siete años, cuando hice un pacto con ella. Una promesa entre hermanas, una viva y la otra muerta. Eso fue hace tanto tiempo que ya ni me acordaba; para mí fue un juego inocente, pero parece que ella lo ha estado guardando y esperando con deseo.

—Lili, no creo que sea el momento…

Todos mis apuntes se caen al suelo, la ventana se abre con un golpe y empiezan a colarse las hojas secas del árbol más alto del jardín. Doy un paso para evitar que todas mis posesiones vuelen desde el segundo piso, pero la alfombra se dobla y me hace tropezar, cayendo al suelo de

rodillas.

—¡Siempre has dicho que nunca me harías daño! —le recuerdo, empezando a enfadarme también. Nunca se había puesto tan agresiva.

La tiza vuela de nuevo mientras cierro con rapidez la ventana.

"*Cumple con el trato*"

Fui yo la que la enseñó a leer, la que le leía cuentos por las noches y la que le contaba qué me había pasado en el cole o con mis amigas. Murió a mi lado en la cuna, cuando era un bebé. Mis padres me contaron años después que fue por muerte súbita, y llorando, se lamentaron por su temprana ausencia.

Nunca les he confesado que Lili ha seguido presente, junto a mí, durante todos estos años. Que ha ido creciendo en la sombra y transformándose al mismo ritmo que yo, siendo mi cuerpo su espejo y patrón. Que a veces siento su presencia por la casa sin poder verla y que en la mayoría de las ocasiones la puedo ver como los veo a ellos, como la veo ahora, sentada en la cama con los brazos cruzados, el pelo revuelto, su inseparable camisón blanco y con el ceño fruncido.

Entiendo que esté molesta porque no puede salir de casa y se aburre, porque el único contacto que tiene con el mundo soy yo, pero me está pidiendo algo que fue prometido por una niña tonta de siete años que no sabía lo que estaba en juego, lo que significaba en realidad.

—No puedo hacerlo, lo siento. Ni siquiera sé cómo hacerlo…

Desaparece, y mis pósters se desprenden de las paredes. Un rotulador negro sale de mi estuche y empieza a gravitar.

"*Lo harás" "Lo prometiste" "Lo harás" "Lo prometiste" "Lo harás"*

Una pila de folios en blanco empieza a moverse, y el rotulador imprime esas dos frases, una y otra vez, sin descanso. Tengo ganas de salir corriendo de la casa, donde ella no puede seguirme, y esperar a que se le pase el enfado, esperar que la idea desaparezca, pero sé que así no funcionan las cosas con Lili. No parará hasta conseguir lo que se propone.

Sin embargo esto es distinto, quiere que me cambie por ella durante un día, que intercambiemos "los cuerpos". Así ella podrá salir, comer, ver lo que hay más allá de la ventana con mis ojos, sentir el viento en la cara y la gravedad de la Tierra bajo mis pies. En su momento me pareció justo, pero ahora me da miedo.

¿Y si no me quiere devolver el cuerpo?

—Lo haría si supiera cómo —miento, intentando mitigar así su enfado, buscando tiempo para hacerle cambiar de idea.

"*Di que lo quieres hacer*"

Las palabras aparecen escritas sin cuidado, con rapidez, mostrando casi desesperación. Pienso que diciéndolo no le hago daño a nadie, y quizás así se tranquilice.

—Vale. Lo quiero hacer —accedo, pero rápidamente aclaro que no sé cómo hacerlo, que no puedo.

"*Yo sí sé cómo"*

De repente la veo acercarse con una expresión de determinación y triunfo en los ojos, con los pies a varios centímetros del suelo y con el camisón ondeando en torno a sus pies. Retrocedo hasta la puerta, me giro para abrirla y siento en mi espalda una presión que va en aumento.

Caigo sobre la madera y empiezo a arañarla con las uñas. Está entrando. Lucho por sacarla, empujándola desde dentro, pero ella es más fuerte.

En menos de un minuto me siento comprimida, como si fuera a explotar, y de repente algo me empuja a mí. Intento sujetarme a algo, quedarme dentro, pero me está echando. Voy saliendo de mi cuerpo sin remedio, incapaz de luchar contra ella. Y justo cuando me siento flotar tengo un destello, como un fogonazo, de que la sensación de robarme el cuerpo la he estado sintiendo sin ser consciente de lo que significaba todas y cada una de las noches desde que mi gemela murió.

¿Por qué ahora lo ha conseguido?

—Gracias hermanita —dice Lili ya dueña de mi cuerpo.

Mi voz desde fuera suena extraña, más aguda. Voy a contestarle, pero de mi inexistente garganta no sale sonido alguno. Me miro las manos, que se me muestran casi transparentes, sin peso ni contorno. Todo mi ser está ahora condicionado a la luz y a la sombra, a mis movimientos o a la ausencia de ellos para ser visible.

Voy a coger la tiza para reclamarle mi cuerpo, pero no consigo sujetarla. Mi mano atraviesa el blanco objeto una y otra vez sin éxito.

—Vas a tener que aprender a mover las cosas —comenta mientras se mira en el espejo y se acomoda mi pelo—. Yo he tenido quince años para aprender, así que ten paciencia. Ya verás que en un par de años eres

capaz de mover las cortinas.

Muevo las manos y los labios para que invierta lo que quiera que haya hecho. Digo no una y otra vez en silencio y al final cierro los puños en señal de desesperada venganza.

—¿Nunca has pensado por qué fui yo y no tú? ¿En serio?

La miro sin comprender a dónde quiere llegar. Siempre he estado con ella, ha sido mi hermana, mi mejor amiga, mi confidente más leal. ¿De dónde sale ese odio?

—Ser un espíritu es muy útil cuando quieres escuchar conversaciones privadas, conversaciones en las que se comenta el motivo de mi muerte, por ejemplo.

Coge un imperdible de mi estuche de costura y empieza a pincharse en un dedo. Hace un pequeño gesto de dolor pero continúa, hasta que una gota de sangre cae en la moqueta.

—Papá y mamá comentaron una noche que me faltó el oxígeno por tu culpa. Mientras dormíamos pusiste una de tus asquerosas manitas en mi cara, y poco a poco dejé de respirar. Tú me mataste. Tú.

El horror debe reflejarse en mi inexistente rostro, pero ella parece no querer ver cuanto lo siento.

—Y eso que mamá y papá se culpaban por dejarnos juntas en la cuna durante la noche. ¿Sabes? Nunca te hicieron responsable de lo ocurrido, siempre se han visto a sí mismos como culpables. Pero no te preocupes, el daño ya está reparado. Por fin he hecho justicia.

De repente entiendo muchas cosas. Las ganas de estudiar conmigo los apuntes del colegio, las constantes preguntas cada día sobre mis amigas, sobre mi vida fuera de casa. El trato, hecho a una edad donde primaba mi inconsciencia.

Lo tenía planeado desde hace años, toda una vida planeándolo, esperando el momento perfecto.

—Bueno, no voy a hacer esperar a mamá y a papá. ¿No te parece alucinante que vayamos a estar otra vez juntos, después de tanto tiempo? Y no lo intentes, porque sin mi consentimiento jamás podrás recuperar tu cuerpo.

Sonríe y se dirige hacia las escaleras. Voy levitando como puedo detrás de ella, aún acostumbrándome a eso de ser etérea. Si tuviera lágrimas lloraría como nunca he llorado, si tuviera voz gritaría hasta quedarme

afónica, y si tuviera corazón, estoy segura que me habría dado un paro cardíaco.

Llego como puedo hasta el salón, donde mis padres desayunan ajenos a lo que ha sucedido. Si Lili quisiera, ellos jamás se darían cuenta de que han perdido a su hija, a la que realmente han conocido. Y de repente me pregunto con angustia que, quizás, si lo supieran, quizás la elegirían a ella a partir de ahora, a su querida hija muerta antes de tiempo, a la idealizada Lili.

—¿Por qué has tardando tanto? —le pregunta mi madre—. Estábamos pensando en ir al centro y probar un árabe que me han recomendado en el trabajo, y recuerda que después tienes que ir a cuidar al bebé de los vecinos.

Mis padres la miran, la miran a mis ojos y no reconocen que la que está dentro no soy yo.

—Me parece genial —responde ella dándoles un beso con abrazo incluido—. Tengo muchas ganas de cuidar al… bebé —termina diciendo con una sonrisa dirigida a la esquina desde donde observo impotente.

¡Cómo no se dan cuenta! Esa forma de hablar, tan pausada, tan contenida, esa no soy yo. Ni la sonrisa ladeada, ni la mirada, ni la forma de caminar, ni la de sentarse sin apenas apoyar la espalda. Es una impostora, pero con mi cara, que también sería la suya si no la hubiera matado.